

# BOLETÍN

DE LA

# REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

---

TOMO CCXIX



MADRID  
TOMO CCXIX - CUADERNO 1  
ENERO-ABRIL DE 2022



## CONJETURAS SOBRE EL CONTEXTO, LO HISTÓRICO Y LO NOVELESCO DEL TRAFALGAR DE GALDÓS

Se inician estas jornadas, este homenaje de la Real Academia de la Historia a Benito Pérez Galdós, como se iniciaron los Episodios Nacionales: con el de “Trafalgar”, el más conocido y leído de todos ellos. La serie, dividida en cinco etapas y 46 cuadros históricos (más de 7.000 páginas) –literario-sociales– de época, construida de materiales de diferente índole; obras híbridas cuyo “ensamblaje” crearía algunos problemas al autor, constituye la más extensa colección que registran nuestras letras, etiquetada como “novelas hiladas”, que rememoramos en estos días, a las que se había dedicado plenamente abandonando, con desdén, la política. Al menos la oficial, con la que nunca se había sentido especialmente comprometido: “Yo fui al Congreso y me senté en los escaños transformado, por arte del acta, en un perfecto sagastino, en un completo ministerial y voté todo lo que el Gobierno quiso”<sup>1</sup>, desde su posición íntima partidaria de una “revolución desde arriba”.

### I. “TRAFALGAR” Y LOS “EPISODIOS NACIONALES”

El título de Episodios, sugerido por el mentor de Galdós, José Luis Albareda, para la primera serie de las publicaciones de estas “obritas breves y amenas”, fue acertado y atractivo, pues de hitos significativos con discurso propio, de un relato biográfico-novelesco se trataba, adaptado, de acuerdo con la práctica del momento, a “entregas” fraccionadas y digeribles, accesibles a un lector que, a nivel nacional, es minoritario a finales del siglo XIX. Cuando, conocedor Albareda del proyecto, le preguntó en qué época pensaba iniciar la serie, “brotó de mis labios, como una obsesión del pensamiento, la palabra Trafalgar”<sup>2</sup>.

Aunque Galdós dispone de holgada fortuna personal, nunca comprometida en gastos costosos ni en vida disoluta, pero sí en sus obras, el intento supone un

---

1 Recogido por J. J. BELLÓN FERNÁNDEZ. “Textos políticos de Benito Pérez Galdós publicados en prensa”, en *XI Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas de Gran Canaria: Casa-Museo Galdós., 2019, p. 484.

2 B. PÉREZ GALDÓS. *Memorias de un desmemoriado*, cap. III, párrafo segundo.

riesgo que en ocasiones necesitará de aval. Los “cuadros de historia”, denominación del conjunto que estuvo a punto de prevalecer, no parecía que pudiese llegar a venderse como los “Romans Nationaux” del consorcio Erkman-Chatrian en Francia, pese a que “La Fontana de Oro”, verdadero antecedente de los Episodios e impresa en Alemania, había gozado de éxito y se vendía por miles en Hispanoamérica.

Hemos de considerar que el público inicial de Galdós amenaza con ser muy reducido. En nuestra España actual se lee poco; en la de Galdós, muchísimo menos. La nación cuenta con 17 millones de habitantes de los que 13 son analfabetos; de los restantes, la mayoría no leen más que, a duras penas, las cartas de sus familias o, en el mejor de los casos, los periódicos políticos o los folletines. Un analista contemporáneo de la calidad y el ingenio de Ramón Rodríguez Correa, diputado y amigo personal de Bécquer, afirmaría que la minoría educada, al ser escasas las bibliotecas públicas “lee de gorra, es decir, pidiendo prestado los libros que gustan”, añadiendo: “La parte más acomodada, no tiene inconveniente en demandar al autor, e incluso se pica si no se lo regala”<sup>3</sup>. Ayer como hoy.

Galdós comprende que la forma de amortizar su gran empresa editorial es adaptarla a los que leen “a pedazos, entrega por entrega”, esa clase media que gusta de la ambientación histórica, al estilo de González y González, aunque sea imaginaria, medievalizante y lejana, y que son asiduos a traducciones de Walter Scott, de cuyas obras completas en inglés disponía Galdós en su biblioteca, así como de otros histórico-costumbristas como Balzac, Dumas, Feullet, Jorge Sand, Dickens... de este último se reconocería especialmente deudor Galdós, que había hecho una introducción en una primera época de su actividad literaria, creando un personaje estable que reaparece en episodios consecutivos desfilando por diversos momentos de interés y entre diferentes estamentos sociales que le van modelando: Gabriel Araceli.

Pese a las cautelas de Miguel Cámara, socio-editor de “Trafalgar”, que imprimió una edición en rústica barata y de acceso para muchos bolsillos: ocho reales en Madrid y diez en provincias en febrero de 1873 sin pie de imprenta, y todavía sin el título general de “Episodios nacionales”, que seguía planteando dudas, los malos presagios se diluyeron enseguida. Los “Episodios” fueron populares de inmediato, arrastrados por “Trafalgar”, por lo novedoso y oportuno del proyecto, y a través de su lectura fácil. Sin requerir mayor esfuerzo, los españoles de finales del siglo XIX aprendieron con placer la historia contemporánea de su país en su propio lenguaje. Su interpretación de la historia más o menos reciente, a través de la novela, resultó un éxito completo, al poder ser sazónada con trasuntos folletinescos y amorosos, y sería capaz de soportar bien el paso del tiempo.

---

<sup>3</sup> R. RODRÍGUEZ CORREA. “Noticias literarias”. *Revista de España*. 34 (septiembre de 1873), p. 573.

El prolífico Galdós comienza su primera serie de diez episodios con una derrota de grandeza trágica incuestionable, que marca el fin de una etapa y, por lo tanto, el comienzo de una nueva, ápice simbólico de una estructura fracasada, una dolorosa catarsis que puso en evidencia la debilidad y las contradicciones internas de un régimen político que tenía los días contados. Un acontecimiento que reforzó en un grupo de disidentes la convicción de la necesidad de impulsar un talante regenerador y revolucionario que había surgido en marzo de 1808, que animaría después las cortes de Cádiz e inspiraría finalmente a los instigadores de “La Gloriosa”.

La derrota a la que nos referimos es la de 1805 frente a los Caños de Meca, que hasta entonces no había tenido la consideración popular que tiene en nuestros días, gracias a Galdós: se trata de un gran infortunio glorioso y, por lo tanto, una victoria más, de índole moral. “Trafalgar” es la derrota que constituye la chispa del patriotismo colectivo gracias al sacrificio en aras del deber, aunque fuera a unos conceptos y una política caducos. Porque hay mucho de crítica del Antiguo Régimen –que luego continuará y se incrementará en “La Corte de Carlos IV”–, de buena acogida en pleno meridiano del Sexenio Revolucionario, que sus fautores habían temido ver reverdecer en algunas etapas del reinado de Isabel II. Galdós es un idealista que precisa ser pragmático.

Don Benito tenía en mente escribir sobre Trafalgar desde antes de concebir los Episodios como forma de reivindicar una Armada que, como retrata uno de sus personajes, el marinero anciano y estropeado, era poco estimada e incluso objeto de burla por el pueblo gaditano tras los consecutivos desastres navales del siglo. Es el cambio de actitud de un vecindario, impresionado por la magnitud del sacrificio que le hace comprender el elevado espíritu de los marinos.

Es la misma opinión de Antonio Alcalá-Galiano, su íntimo, que ningún otro escritor contemporáneo parece suscribir:

el mal éxito del combate del cabo de San Vicente (el del 14 de febrero de 1797), los había movido á juicios de desatinada severidad contra nuestros marinos, víctimas en aquel caso de la impericia y rivalidad necia de dos generales, cuando en la ocasión que voy ahora aquí hablando, venidos a mejores pensamientos, honraban el valor y sacrificios de aquellos mismos á quienes había sido adversa la fortuna.

Trafalgar fue, además y sobre todo: “...la primera ocasión en España durante dilatados años en que se notó lo llamado espíritu público, ó digamos tomar parte y aun empeño los individuos privados en un suceso público...”<sup>24</sup>.

---

4 A. ALCALÁ-GALIANO. *Recuerdos de un Anciano*. Madrid: Imp. Central, 1878, pp. 36 y 37.

De la pormenorizada lectura del *Combate de Trafalgar: vindicación de la Armada Española contra las aseveraciones injuriosas vertidas por Mr. Thiers en su Historia del Consulado y el Imperio*, de Manuel Marliani, obtendría Galdós, además de la finalidad, la mayoría de los datos rigurosos, tanto históricos como estratégicos, pero no seguiría su línea tan apologética. Constituida en fuente principal, la seguiría en importancia la obra, de igual tema, de José Ferrer Couto que, como tantos otros, habían también respondido al político francés que “se atrevió á ultrajar la memoria de marinos ilustres á quienes, mas que su patria, todo el mundo tributa justísimos elogios por su saber, su valor, ó sus virtudes”<sup>5</sup>. Las gacetas oficiales de la época también serían buena fuente para lo que Galdós consideraba imprescindible a fin de construir lo que él denominaba el “cañamazo”: un marco histórico sólido sobre el que enmarcar su trama novelesca.

Marliani, previamente a la edición de su obra, había publicado en el periódico “progresista, constitucional” *La Nación* una serie de artículos y había sido el primero en reaccionar contra la versión francesa que absolvía al gobierno español de toda responsabilidad en los actos que precedieron al combate, pero que trataba más adelante de inculpar a la armada española por su conducta en el resultado del mismo<sup>6</sup>. Thiers había llegado a afirmar que los franceses “[...] en esta jornada terrible afrontaron en su puesto la muerte, mientras los marinos españoles huían la mayor parte del campo de batalla”<sup>7</sup>. El objetivo de Marliani y de Ferrer fue el de documentar su argumento, probando que los que abandonaron el campo de batalla fueron cuatro navíos franceses, sin que uno solo de los españoles siguiese ese vergonzoso ejemplo.

A los combatientes se les había honrado ya oficialmente en España desde los primeros días con la denominación de “héroes de Trafalgar”. Manuel Godoy había sido de los primeros: “jamás nuestros marinos adquirieron mejores títulos de gloria sobre los que ganaron con esfuerzos más que humanos de valor en aquel durísimo combate”<sup>8</sup>. Se habían reconocido y otorgado recompensas y ascensos como si de una victoria se hubiese tratado, pero no había calado su mérito en la ciudadanía a pesar de que poetas como Moratín, Quintana y Mor de Fuentes habían resaltado el carácter sublime de la inmolación.

---

5 J. FERRER DE COUTO. *Historia del combate naval de Trafalgar [precedida de la del renacimiento de la marina española durante el siglo XVIII]*. Madrid: Imp. de Wenceslao Ayguales de Izco, 1851, p. 9.

6 *La Nación*, 14-17 de febrero 1850.

7 A. THIERS. *Histoire du Consulat et de l'Empire: faisant suite à l'histoire de la Revolution française*. Tomo IX. Paris: Paulin, Libraire-Éditeur, 1845, p. 25.

8 M. de GODOY, Príncipe de la Paz. *Cuenta dada de su vida política por Don Manuel de Godoy, Príncipe de la Paz, o sean Memorias críticas y apologéticas para la historia del reinado del Señor D. Carlos IV de Borbón*. Tomo Sexto. Madrid: Imp. de Alegría y Charlain, 1842, p. 48.

El Trafalgar popular, el épico e indomable, surge en este momento y no en otro, y lo intuye un periódico demócrata –en la acepción que tenía entonces– y sarcástico, que se consideraba “periódico de primera necesidad”: *El Garbanzo* de 27 de marzo de 1873, que llamó la atención sobre un libro que figuraba en los escaparates de todas las librerías, y cuyas cubiertas ostentaban los colores de la bandera española:

Es el primer tomo de una serie que, con el título de Episodios nacionales, ha comenzado á publicar el distinguido novelista Pérez Galdós, celebrado autor de *El audaz* y de *La Fontana de Oro*. Este primer tomo de los Episodios nacionales se titula Trafalgar, y es un bellissimo cuadro de la época célebre de nuestra historia, que hizo impercedero el nombre que el Sr. Pérez Galdós ha puesto á este su libro<sup>9</sup>.

Con este carácter humilde se anuncia en un periódico de poca tirada<sup>10</sup>.

Mientras que los británicos, con toda razón, celebrarían por los siglos de los siglos la acción del 21 de octubre de 1805 frente a los Caños de Meca construyendo Trafalgar Square, que estaba pensado dedicarse a Guillermo IV, los franceses pasarían como ascuas sobre ella. Nada publicaron los órganos oficiales de la prensa en Francia, ni los demás suplieron al silencio gubernativamente impuesto de todo cuanto tuviera relación con el combate o que evocara una desgracia y una humillación irreparables. Cabe preguntarse por qué en Francia, donde es notable el interés por todo lo nuestro, aún no se disponga de una buena traducción del “Trafalgar” galdosiano, mientras que en Nueva York se contaba con la de Clara Bell en fecha tan temprana como 1881.

La historiografía francesa, tan pródiga en versiones e investigación sobre las campañas terrestres napoleónicas, se ha interesado muy poco por la batalla y su contexto. Sólo actualmente, y gracias al esfuerzo del almirante Rémi Monaque, se nota un interés por subrayar los aspectos más positivos de sus marinos y sus medios navales en aquella ocasión. En la misma línea de los españoles, se destacan los comportamientos de sus marinos, equiparables a los de los nuestros, como el del capitán comandante Jean Jacques Etienne Lucas, *le petit Lucas*, en el navío *Le Redoutable*.

<sup>9</sup> *El Garbanzo*, 27 de marzo de 1873, p. 4.

<sup>10</sup> Es el momento de recordar que esta conexión de Galdós con el rotativo daría pie a que Valle-Inclán le denominase *Garbancero*. Como D. Benito *el Garbancero* aparece en *Luces de Bohemia*, donde le aplica este epíteto *Dorio de Gádex*. El agrío D. Ramón reconocía el talento del Galdós y le consideraba un auténtico renovador del idioma. Aunque la mayor parte de la crítica atribuye esa denominación al hecho de que sus protagonistas son gente corriente, de la que comía puchero todos los días, estimamos nosotros que fue el escribir en ese periódico, no demasiado valorado intelectualmente, lo que provocó la ironía de un personaje petulante: “Dorio” y no de Don Ramón.

A partir de esta actitud, los británicos han marcado el perfil de su propio adalid, victorioso, además de heroico, con los valores añadidos de celo por el servicio, disciplina, honor, agresividad, humanidad y nobleza, que encarnó Nelson<sup>11</sup>.

José Alcalá-Galiano, amigo entrañable de Galdós, como lo fuera su pariente, Antonio, el hijo del marino cuya muerte, “cuando una bala de medio calibre le cogió la cabeza, dejándole muerto en el acto”, había descrito en el capítulo decimosexto de la obra, comprendió la aportación patriótica de la misma y escribió en una de las veladas literarias al uso en 1882, una carta-brindis, un largo poema, subrayando el nuevo sentido de la batalla: “Pintabas de Trafalgar/ la titánica derrota/ tan sublime, que aún flota/ nuestro honor sobre aquel mar”<sup>12</sup>.

A partir de la publicación de 1873 pasarían los marinos españoles a los campos éliseos de los héroes populares desafortunados y, en 1883, se bautizaría con el nombre de Trafalgar una calle y un barrio relevantes del Madrid del Ensanche, mientras el autor realizaba una adaptación infantil de la obra: “oíd, amados niños, la patriótica, la saludable lección...” porque considera la Historia maestra de la vida y porque, al igual que el protagonista de la novela, el lector podía afirmar con Gabriel: “Por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria [...]”. En Trafalgar y en toda la serie el autor pacifista se manifiesta como patriota fervoroso. Manifiesta en todo momento su espíritu antibelicista, lo que no es óbice para homenajear la memoria de los héroes, pero su admiración no contempla la exaltación de la guerra. De hecho, nunca desperdicia la oportunidad de manifestar su espíritu antibelicista, como lo hace otro gigante contemporáneo, Tolstoi.

La relación personal y vital de Galdós con la Marina era mínima, pero no el atractivo que ésta ejercía sobre él, que recordaría a una institución abandonada, en un periodo turbulento. No será el único recuerdo episódico con un escenario naval, también otros, especialmente “Cádiz”, en el que se referiría al mar como “donde el pensamiento navega a su antojo sin llegar jamás a ninguna orilla”, y “La vuelta al mundo de la Numancia”.

Pese a que Galdós dedicó una especie de separata de su “Trafalgar” ilustrado a la Marina Española en 1883, la Armada nunca se identificó plenamente con su novela, y la *Revista General de Marina*, fundada en 1877, donde se recogen tantos trabajos históricos originales y tantas críticas, valoraciones y juicios sobre otros, y especialmente sobre lo referente a este combate, la ignoró en general. Sin embargo, le tributaría un homenaje y un recuerdo flotante. El primero tendría lugar en octubre de 1903, en Cartagena y por parte de unos oficiales que él consideraba con admiración y sin atisbo de crítica pese a su posición política. El recuerdo flotante se materializaría en un vaporcito de 400 toneladas con poca

11 A. NICOLSON. *Men of Honour: Trafalgar and the Making of the English Hero*. Londres: Collins, 2005

12 J. ALCALÁ-GALIANO. “A Benito Pérez Galdós”, en *La Diana*, 1 de abril de 1883, p. 5.



carga, escaso pasaje y media saca, que haría el servicio postal entre Tenerife, Las Palmas y Río de Oro: el *Pérez Galdós*, en la primera década del siglo XX.

Bastante ajeno a todo lo marítimo y más aún a lo naval, Galdós necesitaba de un testimonio vivo que avalase lo intuido y diese crédito a lo novelado. Se lo presentó su amigo Escalante en la plaza de Pombo de Santander en el verano de 1872. Se trataba de un simpático anciano, bajito, de chistera y levita anticuadas que se apellidaba Galán y había sido grumete en el *Trinidad*, navío que Galdós convierte en protagonista de lo principal de la acción bélica por estar embarcados en él sus personajes de ficción, Gabrielillo y don Alonso. En sus *Memorias de un desmemoriado* reconoce don Benito que de él supo pormenores del combate, del navío y de la vida a bordo que desconocía. Era un testigo bastante más fidedigno y directo que Alcalá-Galiano, mero refrendario en su primera juventud sólo del entorno familiar y portuario del evento.

Aún podría haber entrevistado en Cádiz al general Casimiro Vigodet, guardiamarina en Trafalgar, y al brigadier Antonio Maymó en Vigo, muertos ese mismo año, pero prefirió conocer la impresión de un hombre sencillo. El último superviviente español que haya detectado la prensa del tiempo lo sería, en Carcagente, en 1879 y con 97 años, el marinero José Andrés, con cuatro generaciones de “Andreses” tras él. Los ingleses también nos aventajarían en eso y a la conmemoración de su victoria de 1880, asistirían nada menos que tres almirantes nonagenarios: Sartorius, Patton y Johnson; sería que los habrían sabido conservar mejor...

Es un siglo que se abre con un desastre naval y se cierra con otro: Santiago de Cuba, que el autor pudo y no quiso encarar, pese a contar con todos los ingredientes para hacerlo, y aunque parece que hubiera resultado congruente con su proyecto episódico reflexionar sobre la dolorosa catarsis del 98 que también pondría en evidencia la debilidad y las contradicciones internas del régimen político vigente y que sabemos que podría haber ambientado a través de personajes idóneos, reales y ficticios y de circunstancias que, acordes con lo que señalara Marcelino Menéndez Pelayo en la recepción de Galdós en la “Española” como titular de su sillón “N”: “[...] en el campo de batalla y en las asambleas, en la vida política y en la vida doméstica, forman la trama de nuestra existencia nacional durante el período exuberante de vida desordenada, y rico de contrastes trágicos y cómicos...”<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> *Discursos leídos ante la Real Academia Española en las recepciones públicas del 7 y 21 de Febrero de 1897*. Madrid: Viuda e hijos de Tello, 1897, p. 59.

## 2. HISTORIA Y NOVELA EN EL EPISODIO “TRAFALGAR”

“Trafalgar” es relato del devenir de un joven espectador de tipos, costumbres y sucesos —Gabriel de Araceli— al que el destino reserva ser testigo de un hecho trascendente de la historia naval española (y mundial) desde el puesto menos encumbrado entre los embarcados: el de paje o sirviente joven de un marino retirado, “estropeado” y nostálgico, don Alonso Gutiérrez de Cisniega.

Ambos embarcarán hacia la mayor de las aventuras junto a un tercer personaje, también jubilado, Marcial, hecho poco verosímil con respecto a los dos ancianos, desde el punto de vista de la realidad y usos del siglo: pura licencia novelística.

Araceli no podría haber servido como “grumete”, como bien sabía Galdós, quien sólo se atreve a hacer soñar despiertos a ambos personajes —jubilado y pajecillo— “como dos grumetes” y distingue bien su posición como diferente de los “marinerillos de leva” que, como más experimentados en la mar, son objeto de la admiración del aprendiz. Es un paje o criado personal, como los que llegó a ver a bordo del *Santísima Trinidad*, “ocupados en empolvar las cabezas de los héroes a quienes servían” y que se describen en el capítulo IX.

Buena parte, sin embargo, de la crítica literaria, habla de Gabrielillo como tal grumete o como el “grumete-narrador”. Ser grumete significaba, sin embargo, pertenecer a la “clase” de marinería en su escalón más bajo de aprendiz profesional; —“novice” entre los franceses— pero matriculado y enrolado, es decir, con los derechos —sueldo fijo— y los deberes de los enlistados con carácter temporal o permanente. Es un mero miembro sin cualificación del “transporte”. De haber sido un grumete, no hubiera podido dejar su aventura una vez terminada. Porque Araceli no ha hecho sino comenzar sus aventuras en los “Episodios” como protagonista y relator de toda la Primera Serie, con la excepción de “Gerona”.

La presencia de Cisniega, a la que se suma la de Marcial, en otro buque, en las vísperas del combate, que hubiera podido ser tolerada ocasionalmente en las largas campañas y en las expediciones no bélicas como reminiscencia de otra época y en calidad de miembros del pasaje “cualificado”, es impensable en este momento, porque supondría un engorro más que una ayuda. El capitán de navío Cisniega embarca en el *Trinidad*, es de suponer que por influencia de su amigo Churruca, pese a su edad y dolencias, subrayadas en la novela por su esposa: “tú estás hecho un trasto viejo, que no sirves para maldita de Dios la cosa. Todavía no puedes mover el brazo izquierdo que te dislocaron en el cabo de San Vicente”.

Gravina, como mando superior, tenía libertad para seleccionar sus mandos que, en todo caso, debían ser útiles. La presencia en escena de los dos marinos vetustos —don Alonso y Marcial, su contrapunto— y de un muchacho inexperto resulta tan fantástica, que el autor lo reconoce de alguna manera, al señalar la condición, ante todo, observadora, de amo y paje: “me aparté para no estorbar”,

dirá Gabriel, en el capítulo XI, mientras Cisniega se limitaba a dar ánimos. Ambos acabarían sirviendo un cañón, como último recurso humano, pero con resultados, tan presumibles, como los de Agustina de Aragón en Zaragoza tres años después.

Las Ordenanzas vigentes, las de 1793, establecían muy restrictivamente el embarque de “oficiales particulares” retirados para desempeñar puestos activos: “[...] prohíbo el que se admita las (instancias) de Oficiales Retirados para volver al servicio, no mediando algún merito especial que o pida como recompensa, ó no estando acordado el retiro con expresión que lo anuncie para caso de cesar el motivo”<sup>14</sup>.

El propio Godoy dio instrucciones de reducir las planas mayores y de desembarcar de los buques los oficiales que sobraban y Gravina cursó las propias “por conceptuarlos no necesarios en la escuadra de mi mando”<sup>15</sup>.

El embarque del contraamaestre es más realista, dada la escasez de oficiales de mar y marineros que se padecía y que obligó a desplegar patrullas de leva más o menos voluntarias por los pueblos cercanos y en las que se incluyó a presidiarios y braceros del campo noveles, cuánto más a profesionales curtidos y voluntarios, pero siempre que fuesen aptos para el servicio, lo que también se extendía a los oficiales. A los presidiarios voluntarios se les acantonaba en el presidio de Cuatro Torres “a fin de entresacar sólo a aquellos que puedan ser útiles”<sup>16</sup>. Sin embargo, el escritor parece renunciar a esta posibilidad, al indicar, también en el capítulo XI: “Marcial hubiera tomado por su cuenta de buena gana la empresa de servir una de las piezas de cubierta; pero su cuerpo mutilado no era capaz de responder al heroísmo de su alma”.

Estructurada la obra en doce capítulos muy equilibrados en extensión, parece como si los últimos y más ceñidos al acontecimiento que daba nombre a la novela hubiesen tenido que acortarse para no romper ese equilibrio.

En un primer grupo capitular y costumbrista el narrador, Gabrielillo, nos cuenta sobre una niñez de penuria y malos tratos, sobrellevada con la compensación alegre de una vida callejera y portuaria, en el barrio meridional de La Viña de Cádiz, llena de picardías y de ensueños navales en la ensenadita de La Caleta.

Es el momento poético para que Galdós se explaye en su admiración descriptiva por Cádiz donde lo militar cuenta —es la cabecera de los Cuatro Reinos de Andalucía— y lo naval predomina —es el primer departamento de Marina— y

14 *Ordenanzas Generales de la Armada Naval*. Madrid: Imp. de la Viuda de D. Joachim Ibarra, MDCCCLXXXIII, Libro I, Tratado 2º, Título I, epígrafe 41.

15 “Oficio de Federico Gravina, navío *Príncipe de Asturias*, al ancla en la bahía de Cádiz, 6 de septiembre de 1805”. Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Col. Juan Pérez de Guzmán, ms. 11/8313 d.

16 “Oficio de Joaquín Moreno a Federico Gravina, Cádiz, 25 de septiembre 1805”. Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Col. Juan Pérez de Guzmán, ms. 11/8316 a.

los niños están al tanto de lo político-militar, lo defensivo y lo armamentístico, porque es lo que oyen de sus mayores quienes los tienen.

Fugado de su casa, entra al servicio de don Alonso Gutiérrez de Cisniega, un capitán de navío retirado y añorante, que representa en su decrepitud el ocaso del Antiguo Régimen y de la España tradicional y atiende a los recuerdos de Marcial, un contraamaestre jubilado de 66 años al que llaman *medio-hombre*, por faltarle un ojo, medio brazo y una pierna suplida por otra de palo y con los “chirlos” y las cicatrices propias del veterano del mar. Arquetipo que Stevenson cogería para Long John Silver en su *Isla del Tesoro* de diez años después. *Medio hombre*, apelativo que luego, y nunca antes, se aplicaría por la mediática menos erudita a Blas de Lezo.

El contraamaestre frecuenta al capitán de navío y amo de la casa y le trata con intimidad, concesión argumental ésta poco realista en una sociedad estamental y en una oficialidad que don Benito consideraba: “alma de los Cuerpos armados de estructura aristocrática”, pero muy del gusto igualitario del autor.

Este veterano que, al igual que don Alonso, está fervientemente decidido aún a luchar, evoca, con pasión y gracia, las circunstancias de los múltiples combates vividos durante 40 años de servicio y comete en su narración, y con él Galdós, un error, copiado de Marliani, de gran impacto novelístico pero que será acogido como hecho probado desde entonces. En su versión, en el terrible combate de la noche del 12 al 13 de julio de 1801, el *Superb*, en una audaz maniobra, se deslizó sigilosamente entre los dos formidables “tres puentes”: el *Real Carlos* y el *San Hermenegildo* —“me pareció que un barco pasaba entre nosotros y el *San Hermenegildo*”— y, antes de pasar de largo, hizo fuego, de forma que los españoles creyeron cada uno que se encontraban frente a un navío enemigo haciendo fuego hasta volarse mutuamente. Este mito perdura hasta hoy en día, pese a que las fuentes inglesas narran de diferente forma los acontecimientos y de que Fernández Duro y más recientemente González Aller, lo señalaran. Ambos buques que perecerían en esta ocasión se combatieron por error, pero no por una audaz maniobra premeditada del enemigo. Fue un abordaje lo que determinó su pérdida, pereciendo unos 2.000 hombres, ¡más bajas que en el combate de Trafalgar! El parte de José de Mazarredo de 4 de agosto de 1801, muy claro en estos aspectos, debe primar sobre las demás opiniones, incluida la recogida por Galdós<sup>17</sup>.

La traducción en el texto galdosiano de *Superb* por ‘soberbio’, no parece la correcta. El término español equivale a *pride* o ‘altivo’, que parece subrayar otras connotaciones y apreciaciones negativas de los protagonistas de “Trafalgar” sobre el enemigo, que incluso adopta el loro de doña Flora de Cisniega, la hermana de don Alonso, y que induce a error, aunque fuera pretendido. No era sinónimo de

<sup>17</sup> Recogido por J. I. GONZÁLEZ-ALLER HIERRO. “Navío ‘San Hermenegildo’ (a) ‘Meregildo’”. *Revista de Historia Naval*. 2, 4 (1984), p. 80.

arrogante, sino más bien de magnífico o espléndido. En la Armada española sí se habían dado nombres con estos envanecimientos, como ocurrió con dos buques de la serie de 70 cañones de 1754, bautizados con esos nombres precisamente: el *Soberbio* y el *Arrogante*, desaparecidos ya de sus listas.

Frente a la ilusión de don Alonso por contribuir en la lucha contra el inglés, transmitida a su paje, se muestra el crudo realismo de su esposa, doña Paca, que desoída, dará lugar a la crónica de una derrota anunciada.

La breve visita del brigadier Churruca a la familia marcará a Gabriel de por vida. Se le describe “como de cuarenta y cinco años” y, ciertamente, contaba con 44, pero en ella el ilustre marino comenta que el Gobierno le debía nueve pagas. Como la impresión que resulta no se ajusta a la realidad final, debemos señalar que en la primera semana de octubre el impago a todo el personal era de cuatro mensualidades, cantidad que se saldó antes de que la flota se hiciese a la mar o inmediatamente tras su regreso, por disposición expresa de Carlos IV<sup>18</sup>.

Hasta el capítulo IX se crea el ambiente, presentando unos personajes que, por reales, aunque fueran ficticios, entusiasmarían a sus lectores. En el análisis de lo político, el mensaje general es el rechazo que amplios sectores sociales sentían hacia Godoy, señalado como el principal causante de la desgracia nacional; la crítica histórica que comenzó a variar a raíz de la publicación de las *Memorias del Príncipe de la Paz* señala hoy, sin embargo, como el trágico final de un largo período esperanzador y regeneracionista.

Creado el ambiente, sigue la acción. Embarcado en el *Trinidad*, del que Galdós no recoge su alias habitual, *La Real*, Gabrielillo irá encontrando a diversos personajes de su corta vida pasada: su tío, maltratador pero heroico; el estrambótico coronel de Artillería Malespina, de nombre tan parecido al ilustrado de una expedición emblemática y en ese momento expatriado por sus ideas librepensadoras, cuyas salidas de tono ayudan a descargar la tensión de los acontecimientos; y el hijo de éste, rival imbatible en los amores inalcanzables de Araceli, porque la novela tiene también esta concesión a un público femenino y romántico, aunque tenga el final que corresponde a un amor imposible.

No tengo la menor constancia de que con anterioridad al Trafalgar de Galdós se denominase al *Santísima Trinidad* “El Escorial de los Mares”. A partir de esta publicación no hay obra de difusión francesa que no sólo cite esta posible denominación vulgar como cierta, sino que no la señale como sobrenombre o alias oficial. Galdós lo único que da es una apreciación comparativa propia al visitar Gabrielillo el gran navío, **pero, al parecer, la tentación de hacer patente un**

---

18 “[...] no pagan a nadie, ni aun las asignaciones... de manera que les deben ya cuatro meses, y no tienen ni esperanza de ver un real en mucho tiempo; aquí nos deben también 4 meses de sueldo y no nos dan un ochavo...”, Cosme Damián Churruca a bordo del *San Juan Nepomuceno*, a su hermano. Cádiz 11 de octubre 1805. Recogido por J. I. GONZÁLEZ-ALLER HIERRO. *La Campaña de Trafalgar (1804-1805) Corpus Documental*. Tomo II. Madrid: Ministerio de Defensa, 2004, doc. 940.

supuesto orgullo español humillado es demasiado irresistible para algunos otros. Para el joven, y probablemente para buena parte de sus contemporáneos y lectores, se trataba también del “...mayor barco del mundo, aquel alcázar de madera que, visto de lejos, se representaba en mi imaginación como una fábrica portentosa, sobrenatural, único monstruo digno de la majestad de los mares”. Opinión inducida de Araceli de la que hubieran discrepado vivamente los historiadores franceses, alegando que sus “118 cañones” del tipo “Océan” o “Commerce de Marseille”, superaban sus 61 metros de eslora. Galdós acierta sin embargo y sin saberlo, ya que estos dos colosos no estaban activos en la batalla y que, en todo caso, eran “tres puentes” y portaban menor número de cañones. El enorme puntal desde la línea de flotación a la “cuarta cubierta”, del *Trinidad* debía de ser impresionante y justificar la frase de Gabriel: “púseme pálido y quedé sin movimiento asido al brazo de mi amo”, pero incurriendo en otra inexactitud: “cuando alcé la vista y vi las tres filas de cañones asomando sus bocas amenazadoras por las portas, mi entusiasmo se trocó en miedo...”. La cuarta y falsa cubierta no podría ser vista desde un bote por ser una superposición retranqueada y dotada de artillería menor y obusería.

Las portas de batería eran auténticas ventanas cuadradas al mar a diferentes alturas y, como tales, sólo se abrían en el último momento, previo al juego de los cañones, fuera para efectuar saludo, aviso o para combatir. Fondeado en puerto el *Santísima Trinidad*, debía mantener sus portas cerradas, atrancadas con sus trancaportas, a fin de evitar que un golpe de mar imprevisto anegase su correspondiente cubierta. A una misma orden podían abrirse de forma inmediata para abrir fuego general o parcial. En un tranquilo fondeadero las portas se abrían para airear el interior, pero las bocas de las piezas permanecían retranqueadas, sin entrar en batería.

Una vez a bordo, el joven visita los parajes del buque y asiste a sus maniobras y a sus ritos ceremoniales —los silbatos—, pero sólo como espectador. La necesidad del combate le convertirá, más tarde, también en actor.

Los datos técnicos son, por lo general, muy acertados, sacados, sin duda de una relación oficial, aunque siempre cabe detectar algún error en el capítulo IX: “tenía sobre sus costados, cuando yo le vi, 140 bocas de fuego, entre cañones y carronadas”. En realidad, sólo pudo portar 136 piezas, el máximo que sus cubiertas podían sostener y las carronadas contra personal, tan utilizadas por los británicos que Galdós no se resiste a comentar sus estragos en pleno combate en el capítulo XI: “la metralla de las carronadas esparcían otra muerte menos rápida y más dolorosa...”. El *Trinidad* no montaba ninguna, ya que en esta época aún estaban en experimentación en nuestra Armada, sino pesados obuses de a dieciséis libras de peso de bala del método Rovira y otros más pequeños de a cuatro.

Cuando se da la orden de zarpar, Gabriel se maravilla del espectáculo de los 40 barcos surcando los mares —pura prosa poética—, mientras el fogueado

contra maestre va haciendo sus sabios comentarios, acertados por lo que de ellos sabemos, sobre cada buque. Datos proporcionados al escritor por un historiador técnico en armamento, construcción y documentación, que podría haber sido otro, además de los ya citados.

Una vez en el escenario combativo, Marcial comenta que Nelson podrá cortar por la mitad la línea de batalla que presentan los franco-españoles, que será, efectivamente, lo que suceda, demostrando un conocimiento táctico superior al de Villeneuve y todo su estado mayor frente a una actuación absolutamente novedosa.

La maniobra de combate y el propio combate están muy certeramente relatados, de gran efectividad, realismo y ajuste a la realidad relatada en términos fáciles.

Aunque la fidelidad de Galdós a lo histórico del bando español es muy notable, no sucede lo mismo respecto al número de barcos británicos comprometidos y sus formaciones de marcha y combate. Él es consciente de ello, por lo que lo salva con un “poco más o menos” que contrasta con la exactitud de otros datos.

Menos acertado está Galdós con algunos nombres: Marcial, al recordar en el capítulo IV sus andanzas en la ocasión de San Vicente en julio de 1801, relata: “Yo iba en el Real Carlos, de 112 cañones, que mandaba Ezguerra...”. Se trata de José de Ezguerra y Guirior, que perecería en la ocasión y cuya lápida del Panteón de Marinos Ilustres de San Fernando incurre en el mismo error. En el capítulo XIII se narra cómo Churruca, ya herido, e intentando delegar el mando: “Llamó a Moyña, su segundo, y le dijeron que había muerto”. En este caso se trata de Francisco de Moyúa y Mazarredo, sobrino del gran Mazarredo, compañero de Cosme Damián Churruca y colaborador en sus trabajos científicos. En la edición crítica de “Trafalgar” de 2017, José Andrés Alvaro Ocariz recuperó las verdaderas identidades de ambos marinos, ampliando la documentación disponible en la *Revista de Historia Naval*<sup>19</sup>. Por otra parte, el embajador nombrado por Napoleón en 1802 es Beurnonville, no “Bernonville”, como escribe don Benito.

Siguiendo el relato, el *Trinidad*, rodeado de enemigos, mientras otros buques españoles y franceses quedan fuera del núcleo, es rendido y abordado, mientras Gabriel se dedica a tareas auxiliares y es herido, junto con don Alonso. Abordado el buque, a este último le da los pormenores de la batalla un oficial inglés, antiguo amigo suyo. Excelente recurso que ya el bastante omnipresente Araceli no puede abarcar. Al día siguiente los cadáveres, incluido el de su tío, son echados por la borda mientras españoles e ingleses tratan en vano de salvar el barco en plena tempestad.

A partir de este momento, el relato se acelera. Las exigencias editoriales obligan a no extenderse al número de páginas en que deben coincidir los diferentes

---

19 J. A. ÁLVARO OCÁRIZ. “Francisco de Moyúa y Mazarredo. El marino que se perdió en el Trafalgar de Benito Pérez Galdós”. *Revista de Historia Naval*. 37, 146 (2019), pp. 101-124.

volúmenes. Nuestro narrador es salvado a bordo de una lancha, desde la que ve hundirse al *Trinidad*; recogido por el *Santa Ana*, represado por los españoles, donde tiene ocasión de conocer los trabajos, como insignia del teniente general, Ignacio de Álava, y de la revancha menor de otros buques recuperados de manos de los ingleses —uno de los hechos más honrosos, pero peor conocidos, de la batalla de Trafalgar—.

Otros dos sucesivos transbordos permitirán conocer las peripecias del *Nepomuceno* y del valiente Churruca, el amigo personal de don Alonso, así como del *Rayo*, hasta despertar Gabriel en una playa al norte de Sanlúcar y saber otras noticias trágicas como la muerte de Marcial a través de un marinero del *Bahama*, que le cuenta la suerte de este barco y el valor de su capitán, Alcalá-Galiano, patriarca de una familia tan vinculada a Galdós.

Araceli regresa al domicilio de los Cisniega, que abandonará poco después, testigo de la depresión de su amo y al no poder soportar los efectos del desamor. Lo hará para proseguir sus aventuras a las que don Benito invita a todos a acompañarle: “¿Queréis saber mi vida entera? Pues aguardad un poco, y os diré algo más en otro libro”. Quería asegurar el éxito editorial económico futuro.

Errores históricos aparte, comprendo el sentido, aunque no suscribo la afirmación de Max Aub respecto a estas historias que bautizó Menéndez Pelayo como “anoveladas”, de que: “Galdós ha hecho más por el conocimiento de España por los españoles —por el pueblo español— que todos los historiadores juntos”<sup>20</sup>. Exitosa sentencia que sólo es admisible en el sentido que le dio el propio Galdós y no algunos de sus intérpretes, como el propio Aub, en crítica de aquellos historiadores que olvidan lo que es el vivir, el sentir y hasta el respirar de la gente. Como señaló el ilustre *Clarín* respecto a todos los Episodios: “¿Novela histórica? Sí, por cierto, en el más estricto rigor de la palabra”<sup>21</sup>.

HUGO O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA  
Real Academia de la Historia

---

20 M. AUB MOHRENEWITZ. *Manual de la Historia de la Literatura Española*. México D.F.: Editorial Pormaca. 1966, p. 452.

21 L. ALAS. “Los Episodios Nacionales”, en *La Diana*, 1 de abril de 1883, p. 4.